

La dignidad, ¿cuánto abrume?
La riqueza, ¿qué no vence?
Si la turba aduladora
Los vanos atrios guarnece,
Con bajas adoraciones,
Aun más que corteja, ofende.
Si los honores y el fausto
Tantos idólatras tienen,
Es porque, como ignorantes,
Veneran lo que no entienden.
Estas son, si mal copiadas,
De aldea y córte la suerte,
Digno asunto para un Tulio,
Dibujo para un Apéles.
Bien que si en él apurasen
Sus voces y sus pinceles,
Pocos dejarán la córte,
No habrá quien la aldea pueble.
Pues ¿qué será con mi brocha?
¿Qué con mi estilo silvestre?
Con que, si al precepto basta,
Cese ya el romance, cese.

CONTRA LA VANIDAD Ó SOBERBIA.

(Asunto de Academia.)

ROMANCE (1).

Cuando aquel polvo sagrado
Recuerda el de nuestro origen,
Convirtiendo vanos gozos
En siempre memorias tristes;
Cuando enseñan las cenizas
A los lozanos Abriles
Cuan presto el prado se agoste,
La flor cuán breve se incline;
Contra el más nocivo monstruo,
Que ya en la esfera el pié fije,
Ya entre rosas se disfrace,
Ya entre verdores se abrigue,
Estrago, cicuta ó áspid,
No hay astro que no amancille,
No hay pensil que no inficione,
Ni planta que no atosigue.
Contra la vanidad, digo,
Aquella alevosa esfingé,
De quien, si la oyere incauto,
No habrá pasajero libre,
Temerosa, si obediente,
Hoy mi pluma se dirige;
Oh si me diera su ciencia
Quien otro Edipo me finge!
Áspid astuto, engañoso,
Que entre abrojos ó jazmines,
Te alimentas con los vicios,
Y con las virtudes vives.
Anfibio de extraña especie,
Que con iguales ardidés
Infestas mundanos golfos
Y los más sacros pensiles.
Hable el cielo, cuando altiva
Su tez manchar presumiste,
Viendo, á tu aliento, ya opacas
Sus luces inextinguibles.
Hable, si no, Eden sagrado,
Habitation apacible
De nuestros padres dichosos,
A tus silbos, ya infelices.
Hable de Sennaar el campo,

(1) Fué leído en la Academia del Buen Gusto el 24 de Abril de 1749.
(Nota del Colector.)

Que insano padron erige,
Donde sepulte su infamia,
No su memoria eternice (2).
Hable soberbio Nabuco,
Por más que á deidad aspire,
Cuando escarmientos de un tronco
Los suyos le vaticinen.
Ni la virtud, por excelsa,
De tus rigores se exime,
Ni en el Líbano sus cedros
Tu fiero impulso resisten.
Aquél rey, pastor valiente,
Que osos y leones rinde,
Los bélicos ensayando
Con los triunfos pastoriles;
Aquél cuyo noble pecho
Tanto al divino se mide,
Que logra en sus perfecciones
Ser el que mejor le imite.

Si al ver inmenso su pueblo,
Tu vana impresion admite,
Luégo llora exterminado
Al que triunfante le engrie.

Aquél entre los monarcas,
De piedad ejemplo insigne,
A cuyo favor el cielo
Tropas alistó invencibles;
Cuando estrechada su córte,
Armada diestra invisible
Inmenso ejército acaba
De sólo un golpe que esgrime;

Cuanto ostenta tesoros,
Porque el asirio le admire,
Si hoy sirven al vano fausto,
Mañana al despojo sirven.
Esto las letras sagradas,
Esto las profanas dicen,
En tantas voces, que enseñan,
Como escarmientos repiten.
Yace el orbe entre tinieblas,
Y en el seno de Anfitrite

Nada la ardiente carroza,
Que intrépido jóven rige (3).
Llora en mal lograda fuga

El cretense sus ardidés,
Viendo á Icaro despeñado
Cuando vuela más sublime.

Porque es bien que uno en el cielo,
Otro en el golfo eternicen
Estragos que todos teman,
Intentos que nadie imite.

Mas ¿dónde gira mi vuelo?
No escarmentado ya olvide
Tragedias de quien, osado,
A más que alcanzó compite.

Tema, si no, la Academia,
Cuyas deidades no admiten
Por excusas renitentes,
Obediencias insufribles.

Baste, pues, ya de invectiva,
Sin que alguno fiscalice
Que vanidad y soberbia,
Mi lógica no distingue.

Pues en genérico asunto,
Difícilmente prescinde
Quien lógico ni poeta
Es, sino obediente. Dije.

(2) Alude á la Torre de Babel, que los hijos de Noé levantaron en el valle de Sennaar. (Nota del Colector.)

(3) Faeton, que pereció por su intento de conducir el carro del Sol. Es, como Icaro, simbolo legendario de la soberbia temeraria. (Id.)

DON PABLO DE OLAVIDE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

I.

Pasó en Lima, capital del Perú, donde había nacido, los primeros años de su juventud. Completó su educacion en la universidad de Alcalá de Henáres. Habiéndose distinguido en Madrid por su laboriosidad y su talento, el Conde de Aranda le llevó consigo, como secretario, cuando fué á París en calidad de embajador. Vuelto OLAVIDE á España, fué nombrado Asistente de Sevilla, y allí concibió varios importantes proyectos. Uno de ellos el de reformar en España el arte teatral. Otro, cuya realizacion le fué encomendada, el de desmontar y poblar una parte de la áspera y desierta Sierra-Morena. Caminos, posadas, poblaciones, restos de antiguas fábricas, todo lo que hoy atestigua todavía el benéfico influjo del reinado civilizador de Carlos III en aquellas breñosas comarcas, se debe al espíritu ilustrado y emprendedor de OLAVIDE.

Persecuciones de la Inquisicion, promovidas acaso por la malevolencia y la envidia, y en alguna parte justificadas por el imprudente lenguaje de OLAVIDE en materias de religion, lenguaje que era escándalo en los labios de tan alta autoridad y en una nacion tan apegada á sus creencias, cortó el vuelo á aquella brillante carrera (1). Encerrado en un monasterio de Sahagun, de donde el mismo Inquisidor General le permitia salir alguna vez, se fugó á Francia, y de allí pasó á Venecia. Su ocupacion favorita, durante la emigracion, fué el cultivo de las letras y la composicion de libros de carácter ascético y religioso. Entónces escribió *El Evangelio en triunfo*, los *Poemas cristianos*, y la traduccion en verso de los *Salmos de David* y de los *Cánticos de Moisés*.

El Evangelio en triunfo, obra que se hizo en breve muy famosa, demostró que OLAVIDE había nacido para creyente, y no para reformador impío, y desvaneció desde luégo las antiguas preveniciones que contra él se habían suscitado. Fué llamado á España y recibido con aplauso y consideracion. Pero, cansado de los vaivenes de la vida, se retiró á un pueblo de Andalucía, donde pasó sus últimos años modesto, tranquilo y olvidado. Murió en 1805.

C.

(1) Véase la curiosa relacion del autillo de OLAVIDE en la *Vida Literaria de don Joaquín Lorenzo Villanueva*.—Lóndres, 1825.

POESÍAS.

ECOS DE OLAVIDE (2).

Señor, misericordia; á tus piés llega
El mayor pecador, mas ya contrito,
Que á tu infinita paternal clemencia
Fide humilde perdon de sus delitos.
Perdónalos, Señor; oye piadoso
El doliente clamor de mis gemidos;
Segun la multitud de tus piedades
Lava las manchas de mis muchos vicios.
Lávalas más, Señor; haz que tu sangre
Borre, y no deje más de mis delirios,
Que tu gloria de haberlos perdonado,
Y mi dolor de haberlos cometido.
Conozco mi maldad; veo que es grande;
Que no puedo ocultármela á mi mismo,

(2) Esta composicion fué escrita por OLAVIDE en su retiro y destierro de Sahagun. (Nota del Colector.)

Y sé que, si tu sangre no la borra,
Ha de ser para siempre mi suplicio.
Pequé, pequé, Señor, en tu presencia;
Osado te insulté! fui tu enemigo;
Mas perdon; justifica tus promesas,
Y venza la piedad en tus juicios.
Sé que soy delincuente; mas, ¿qué mucho,
Si vengo de un origen tan indigno,
Si nací de mi madre en el pecado,
Y en un mundo tan torpe y corrompido?
Mas tú, que la verdad amas piadoso,
Te has dignado mostrarme, compasivo,
De tu sabiduría los secretos,
Y de la confesion el beneficio.
Allí me rociarás con el hisopo,
Con la sangre preciosa de tu Hijo
Me lavarás, y quedará con ella
Más blanco que la nieve y el armiño.
A mis oídos les darás entónces

Con tu perdon consuelo y regocijo,
Y mis huesos exánimes y yertos
Serán ya de tu cuerpo miembros vivos.
Aparta, pues, tu vista de mis culpas;
Vuelvan mis ojos á mirar á Cristo,
Y lávame, Señor, con esa sangre
Que pródigo derramas hilo á hilo.
Un puro corazon cria en mi pecho,
Un corazon que sea de tí digno;
Mi espíritu renueva, y haz que sea
Tan recto, como injusto fué el antiguo.
No me arrojes, Señor, de tu presencia,
Que eres nuestra salud, guía y camino;
Alumbreme tu luz, y no me quites
De tu Espíritu Santo el dulce auxilio.
Vuélveme á la alegría de tu gracia;
Vuelve á reconocirme por tu hijo;
Confírmame en tu amor, y que ya siempre
Te sirva fervoroso y sometido.
Tu santo nombre alabarán las gentes;
Yo mostraré tu senda á los inicuos,
Y admirando tu gran misericordia,
A tí convertiránse los impíos.
¡Oh Dios de mi salud, Dios de clemencia!
Líbrame del mortífero atractivo
De la carne y la sangre, y tu alabanza

Mi lengua entonará todos los siglos.
Tú, Señor, abrirás mi torpe labio,
Este labio que tanto te ha ofendido,
Y ya ferviente ensalzará tu gloria
Con fieles cantos, con amantes himnos.
Porque si tú quisieras otra ofrenda,
Ninguna te negará el amor mio;
Pero no quieres tú más holocausto
Que un puro amor y un ánimo sumiso.
Un espíritu fiel y atribulado
Para tí es el más digno sacrificio,
Y nunca has despreciado los clamores
De un corazon humilde y compungido.
Señor, pues amas, y deseas tanto
A tu siervo salvar, dispon benigno
Que en la inmortal Jerusalem de mi alma
Se libre de tu amor el edificio.
Aceptarás entonces las ofrendas,
Los holocaustos que te son debidos,
Y de tu altar mi corazon pendiente,
Arderá en incesante sacrificio.
Gloria se cante al Padre soberano,
Esta gloria también cántese al Hijo,
Y al Espíritu Santo, que es Dios nuestro
Uno en esencia y en personas trino.

DON DIEGO ANTONIO REJON DE SILVA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Caballero murciano de la Orden de San Juan, del Consejo de Su Majestad; su Secretario; Caballero maestrante de la ciudad de Granada; Consiliario de la *Academia de San Fernando*; individuo de número de la *Academia Española*, y honorario de la de San Carlos de Valencia; Oficial de la primera secretaria de Estado. Falleció el 3 de Diciembre de 1796 (1).

POESÍAS.

FÁBULA DE CÉFALO Y PRÓCRIS,

EN OCTAVAS JOCO-SERIAS (2).

A hacer octavas tengo de atreverme,
Sin que tenga temor á las octavas;
Pero no, que es forzoso contenerme
Al pensar si saldrán mansas ó bravas;
Mas pues todo consiste en resolverme,
Quitándole al Pegaso rienda y trabas,
Parto á escribir; el númen desabrocho;
Pues ¿qué son las octavas? Ocho y ocho.
Invocar en mi amparo, será justo,
Ese del cielo pastelón brillante,
Mas ¿qué digo? La voz no dará gusto
A cualquier critiquillo malignante;
Y así á mudar estilo yo me ajusto;
Diré, farol diurno rutilante;
Y si aún con esto pone algun reparo,
Apolo sol; no puedo hablar más claro.
Y así repetiré tiernos clamores

(1) Véase lo que se dice de sus obras poéticas en el *Bosquejo histórico-crítico*, pág. CLXIV.
(2) Escrita por los años de 1760, siendo el autor mozo todavía.
(Nota del Colector.)

Con ánsia, con anhelo y con porfía,
Para lograr de Apolo los ardores
Y los soplos afables de Talía;
Vengan estos envueltos en fulgores,
Porque pueda alentar la musa mia,
Que con luces y ráfagas no teme,
Y haya quien sople, puesto que hay quien quemé.
Esto supuesto, ya la pluma *Tajo*,
Pisuerga (que es lo mismo), ó bien Jarama;
Doblo el papel, y con estilo majo
A todo consonante le hago cama;
Ya subo al bipartido, ya de él bajo,
Ya me agarro á una peña, ya á una rama,
Y canto sin que nadie me lo quite;
Pues ¿quién podrá estorbar el que yo grite?
Erase una muchacha como un oro
Por lo preciosa (no por lo amarilla),
Que en esto ofendería su decoro,
Cosa que no merece la chiquilla;
Era tal, que podía entrar en coro
Con el clavel, la rosa y maravilla;
No juzguen desmedidos los loores,
Que aunque flores eché, no gasto flores.
Blanco de la atención fué su cabello,
Siendo negro; sus ojos dos estrellas;
Alabastro y cristal su frente y cuello,

Mas ¿por qué, musa mia, te atropellas?
Boca, nariz, pestañas, todo bello;
Dos cositas que sé, de nieve pellas;
Sus mejillas, jazmines y claveles,
Sus dientes, Margaritas ó Isabeles.
Era su talle un Marzo por lo airoso;
Esdrújulo su pié fué por lo breve,
Asombro su cintura en lo donoso
(Puesto que todo aquí pintar se debe),
Cada cual de sus cejas arco hermoso,
Carmin sus labios, y sus manos nieve,
Y si el repetir nieve es barbarismo,
Hagámosla de hielo, que es lo mismo,
No blasone de hermosa doña Elena,
La que fué de Teseo tan querida,
Ni tampoco se alabe Polijena,
Que en su tiempo se vió tan aplaudida,
Puesto que la que pinto diera pena
A las tres celebradas que en el Ida
Destinaron por juez de su argumento
La capital de Francia sin acento.
Si me he quedado corto en el retrato,
Perdon quiero pedir de mi delito,
Que yo por estas cosas no me mato,
Y ni una flauta se me da, ni un pito;
Pues si repara el docto, el mentecato,
La voz alzando, levantando el grito,
Que no acerté el dibujo á su hermosura,
Tenga paciencia y pase por pintura.
Prócris se llamó, pues, aquesta dama,
Hija de un Erictonio, rey de Aténas,
Que así la historia al tal monarca llama,
Sin que otra cosa cuente de él apénas;
Sin decirnos si fué guapo de fama,
O si tuvo sus arcas bien rellenas;
Con que ignoramos, para más desdoras,
Si Erictonio era rey de espadas ú oros.
Entre rico damasco colorado,
Que á los soplos del viento se batía,
Entre el buen tafilete y el brocado,
La referida Prócris se veía;
Habilidades propias de su estado
Con tal velocidad las aprendía,
Que en la danza y el canto asombro daba,
¡Y al bastidor! ¿Qué cosa! Lo bordaba.
Sus tres lustreros tendría la doncella,
Cuando la sarna del amor picante
Empezando á sentir, diría ella:
¿Qué comenon es ésta tan punzante?
¿Cómo todos mis gustos atropella?
Pero yo la dijera: No te espante,
Que la sarna de amor, si bien se apura,
Encuentra en breve tiempo coyuntura.
Causa fué de su afán y su cuidado,
Con el firme teson de sus porfías,
Céfalo, un mozalvete bien peinado,
Más galán que los *Calles* y *Garcías* (1),
Sin melindres, airoso, despejado,
Más soplado que treinta chirimías;
En fin, un pisa-azul, por si se pierde
El llamar al que es lindo pisaverde.
Que sería valiente no hay dudarse,
Porque es cosa que debe suponerse,
Tanto, que los *Bernardos* arrimarse
Podrían, y los *Cides* esconderse;
Bennetes y *Roldanos* no jactarse,
Serrallongas y *Narros* detenerse,
Porque el muchacho (jaque con esmeros)
En humos excedía á los *Romeros* (2).
Después de un galanteo prolongado,
En que habría, sin duda, lo corriente,
El billete expresivo y el recado,
El fogoso suspiro, el ánsia ardiente;
Mirando el rey al novio porfiado,
Se fraguó el matrimonio de repente:
Los conciertos se hicieron en un trote,
No habría disensiones por la dote.
Como fué su cariño prodigioso,
Lograban una vida afortunada

(1) Galanes cómicos.
(2) Héroes de jácara.

(Supongo por afable el buen esposo,
Y no juzgo la novia porfiada);
Era tranquilidad, era reposo
Su casa, y en Aténas envidiada.
Ya mirais cuantos bienes atesora;
Pues todo se hizo noche por la aurora.
Era Aurora una ninfa bien dispuesta,
Que al nuevo esposo amaba tiernamente,
Y aunque los tiros del cariño asesta,
Siempre al galán encuentra negligente,
Pues Céfalo desprecia la propuesta,
Porque agraviar á Prócris no consiente,
Diciendo: Donde está la esposa mia,
¿Qué aurora, ni qué sol de mediodía?
Mirando despreciada su fineza,
Hizo á patadas que temblara el suelo,
Y culpando del jóven la dureza,
Discurre que á su mal ya no hay consuelo;
Suspira, gime y pierde su cabeza
En esta confusion no poco pelo;
Llora como una nifia sogá á sogá,
Que llorar hilo á hilo fuera droga.
Con más rabia que siente un poetilla
Cuando no puede hallar un consonante,
Quedó con la repulsa la chiquilla,
Que para ver desprecios no hay aguante;
Sufocos padeció; ¡qué maravilla,
Si de sus garras se escapó el amante!
Y estaba más picado (no se note)
Que el zapato de maja, ó el jigote.
Por vengarse de Prócris la taimada,
A Céfalo le dijo misteriosa:
«No esté tu voluntad asegurada
De la que simulando está tu esposa;
Si se mira por otro festejada,
No será, á lo que juzgo, desdeñosa;
A tu testa amenaza gran quebranto,
Que de la mia yo no lo levanto.»
No dejó, á estas razones, de admirarse,
Y por salir de sustos y temores,
De mercader dispuso disfrazarse,
Y requebrar á Prócris con amores;
Piezas de tela ofrece sin pararse,
Que así ablandar discurre sus rigores,
Porque, para rendir á las bellezas,
No hay mejores cañones que estas piezas.
Empezó la batalla con fiado
De que hallaría en Prócris una roca,
Y la misma experiencia le ha mostrado
Que es más blanda que seda la que toca;
Las telas desvalija, ya asustado
(Que con razon el pobre se sofoca),
Y, bien á su pesar, por fin entiende
Que aquella que le compra es quien le vende.
Entonces, declarándose, la dice:
«¿Cómo injusta me tratas de esta suerte?
¿Cómo podré sufrir (¡ay infelice!)
De tales celos el tormento fuerte?»
Ella, turbada, no lo contradice,
Y escapa, temerosa de su muerte,
Más ligera..... (de sofía usen las Musas)
Que las semicorcheas y las fusas.
Corriendo por los montes la zagala,
Llegó á un valle de flores maravilla,
Que el pensil más hermoso no le iguala,
Ni le llega al tacon ó zapatilla;
Mas ¿qué digo? La pluma se resbala,
¡Con tacones el valle! habrá rencilla;
Mas ¿qué importa? con cuestas y barrancos
Esta vez ha de verse puesto en zancos.
Pintar la hierba de este valle hermoso,
En donde la delicia tuvo cuna,
Llamándola esmeralda, fuera ocioso,
Y una cosa, á mi ver, muy importuna;
Pero diré que siendo tan frondoso,
Mala hierba jamás se notó alguna
Que al olfato pudiese darle pena;
Con que toda sería hierbabuena.
Un arroyuelo manso cruza el valle
(Que todo arroyo debe ser sufrido),
Al que discurre, no podré encajalle
Epiteto que venga aquí nacido;

¿Sierpe de plata? No le viene al tallo,
Ademas que ya es dicho repetido;
¿Líquido aljofar? Lo dirá un panarra;
¿Cítara de cristal? Eso es guitarra.
Procede el tal arroyo de unas fuentes
(Porque de todo el valle demos señas)
Que en los vecinos riscos eminentes
Brotan por las junturas de unas peñas;
Ellas son dulces, ricas, transparentes,
Cristalinas, hermosas y risueñas;
Porque en el orbe no ha de haber persona
Que haya visto jamas fuente llorona.
En este valle..... Pero, cómo olvido
El hacer de sus aves la pintura,
Cuando cualquiera de ellas siempre ha sido
Un pasmo en la delicia y la dulzura,
Clarín de pluma, rémora al oído,
Sonoro anuncio de la luz ventura,
Cadente admiración..... Mas, vive Apolo,
Que están pintadas ya con esto solo.
En este valle entonces asistía
Diana, de sus ninfas festejada;
Quiso Prócris hacerlas compañía,
Y halló que es requisito estar pelada;
Ley que cualquiera al punto la creía
Por injusta, pueril, descabellada;
Que á la verdad es una rara cosa
Que se pare en pelillos una diosa.
Echar á tierra su cabello traza,
Pues lo manda el decreto del destino,
Y quedó su cabeza calabaza
En lo pelada, porque así con-vino;
Con un arco y un perro de gran raza
La diosa agradeció su afecto fino;
Juzgar malo al lebel, sin duda es yerro,
Y esto sí que sería darle perro.
Porque en nada faldemos á la historia,
El dicho perro se llamó Lelape,
Para el cual no hubo pieza transitoria,
Pues ninguna siguió que se le escape;
Ser alguacil podría (no es faloria),
Dirá alguno al mirar que tanto atrape;
Pero no, que soltaba cuanto alcanza,
Y no hay en alguaciles esta usanza.
Dicen que lo que tocan luego muere
(Tratando de las flechas), los autores,
Por estar en contacto (el que leyere
Verá si cito mal á estos señores);
Y sí, con todo, el caso no creyere,
Es preciso que pierda los temores,
Los recelos, las dudas, las sospechas,
Que médicos vi yo como las flechas.
Dejemos nuestra ninfa en la fatiga
De la caza, y volvamos al marido,
El que ya en los furores se mitiga,
Y dos dedos no está de arrepentido;
Ya la furia de celos no le instiga;
Ya procura olvidar lo sucedido,
Porque á un casado (cosa es muy notoria),
Le conviene ser corto de memoria.
Ir á buscar á Prócris al instante
Determinó con mil satisfacciones
(Ya vemos convertido en suplicante
Al mismo que llevó los coscorriones);
De la tal mutacion nadie se espante,
Porque están los ejemplos á montones,
Y para verse (con razon me fundo),
Ya es Aténas, sin duda, todo el mundo.
Muy floja me ha salido la octavilla,
No discurro que en esto la hago ofensa,
Mas así ha de quedar, que apretadilla
No se verá si no se pone en atienda;
Lo que no logrará la pobrecilla,
Y hace muy mal si vana en ello piensa;
Porque ya salen tantos papelones,
Que no hacen impresion las impresiones.
Parte al monte con marcha acelerada,
Porque ver á su esposa es lo que anhela;
Hállala, y aún mirándola pelada,
Ruega y suspira allí que se las pela;
A lo cual ella dijo, perturbada:
«Llévame, si el llevarme te consuela;

Por verme tan pelada no hagas duelo,
Que á esto te solicito, no con-pelo» (1).
El entonces, más tierno que un cabrito
A quien no faltó lumbre para asarse,
La respondió, llorando en alto grito:
«No debe en tu cabeza repararse;
Que perdones, te ruego, mi delito,
Porque las paces puedan ajustarse;
De mercader olvidada mi aparato,
Porque yo no me acuerdo de tu trato.»
Contentos se volvieron á la corte,
Dando un corte á los lances de su suerte;
Y Céfaló, con otros de su porte,
Con honestos recreos se divierte,
El de la caza siempre fué su norte,
Y en la pesca también su gusto advierte,
Que el mancebito con destreza y maña
Era buen pescador y buena caña.
Ni aquel bruto ladrón de las colmenas
Que racional parece en ser goloso;
Y porque son las frases de mí ajenas,
Quiero decir clarito que es el oso;
Ni el tigre, cuyos dientes causan penas,
Le pasaron; que á Céfaló brio
Tanto le amedrentó, según percibo,
Como el tigre pintado, el oso vivo.
En suma, al jabali vence galante,
Sin que puedan servirle los colmillos;
Sus flechas triunfan del león rapante,
Y á los ciervos el miedo pone grillos;
La pantera se muestra palpitante,
Cinocéfaló y Pardo, tamañillos;
Que para él, como la fecha apreste,
Era lo mismo el pardo que el celeste.
Que con cualquiera fiera daba al traste
Ya de mi cazador he ponderado,
Y de caza mayor aquesto baste,
Que dicho por mayor no dará enfado;
¿Y en el tirar al vuelo? No hay contraste,
Que al más diestro le deja amilanado;
Porque al ave que rápida volaba,
Es sabido, en el aire la mataba.
No es posible que aquí por menor cuento
De las liebres y zorras, cuantas mata
(Y á las zorras venian lindamente
Conceptillos, que el número no relata);
Salgamos de este punto de repente,
Y en ansia á lo picante se rebata;
Aquí, pluma, te pido yo, que corras,
Que no es bueno pararse con las zorras.
En el monte se estaba todo el día,
Por lo cual ya su esposa sospechaba;
En esto, pesarosa iba y venia,
Pero es mejor decir que se paraba;
Estas palabras entre sí decia
Cuando á los fieros celos se entregaba:
¿Si habrá en la selva ninfa que le mueve,
Y así querrá pagar lo que me debe?
En esta duda no faltó un parlero
Que la dijo: «Tu esposo entre las breñas
A cierta ninfa busca placentero,
Y Aura es su propio nombre, por más señas;
Con tu pasión no cumples si á este fiero
A cogerlo en el lance no te empeñas.»
Creyó Prócris al punto su desaire,
Sin reparar en que lo dicho es aire.
Era verdad que Céfaló, cansado,
Cuando el rigor del sol la selva ardia,
Entre ramas espesas retirado,
Refrigerios al aura la pedia;
Por su nombre la llama, y engañado
Alguno, que sus voces atendia,
Aunque no conoció que el aura es viento,
Fué á Prócris con el soplo ó con el cuento.
Por pillar á su esposo en el garlito,
Y por ver la que juzga dama bella,
Del monte registró todo el distrito,
Buscando los vestigios de su huella;
Esperarle trazó muy calladito,
Que el ansia de saber, mucho atropella;

(1) Con-pelo, equivoco imperfecto de *compelo*. (Nota del Colector.)

Con que, de Prócris, ya es sabida cosa
Que aunque no fuese limpia, fué curiosa.
Oculta, pues, en una densa jara,
Ve á su esposo bajar por la ladera;
Ella en mover las ramas no repara,
Y Céfaló juzgó ser una fiera;
El arco entonces con valor prepara;
Advierte, incauto amante, considera
Que ésta es la primer vez (¡destino raro!)
Que no ha de ser acierto tu disparo.
Mas, cómo á seriedades yo me inclino,
Olvidando mi estilo tararira?
No, señores, no quiero este camino,
Por la gira, mejor mi musa gira;
Vaya fuera lo culto y lo ladino,
Porque el alegre adufe, y no la lira
(Como lo ha ejecutado), acabar ose
Lo que la historia apunta, borda ó cose.
A nuestro cazador volvamos presto,
Que quedó con el brazo levantado;
Mas ya no es menester, que con arresto

A las jaras la flecha ha disparado;
Ya á su Prócris mató (¡lance funesto!),
Ya el pecho de alabastro la ha pasado,
Y ya quedó, mirando su accion fatua,
Como debe un consorte, como estatua.
En sí volviendo el infeliz amante,
Supongo que lloró largo y tendido;
Que la hierba regó y la flor fragante,
Y también el peñasco endurecido;
Con que, si en esto echaba el pié delante
A cuantos han llorado y han sentido,
Que á mares lloraria es evidente,
Porque llorar á rios es corriente.
Entre congojas..... Pero ya no quiero
Referir sus gemidos y clamores;
Ya se cansa el adufe ó el pandero,
Y ya Apolo me niega sus favores;
Ademas que osadia considero
El decir lo que callan los autores;
Y pues hablar no debo de memoria,
Este es el cuento, y acabó la historia.

DON RAMON DE LA CRUZ.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DON RAMON FRANCISCO DE LA CRUZ CANO Y OLM EDILLA nació en Madrid, de padres nobles, en la parroquia de San Sebastian, el día 28 de Marzo de 1731. Fué Oficial Mayor de la Contaduría de penas de cámara y gastos de justicia del reino, individuo de la real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y de la de los Arcades de Roma con el nombre de *Lariso Dianeo*.

Como autor de sainetes, zarzuelas y otras obras dramáticas, fué poeta muy agudo y fecundo. Sempere (tomo II, pág. 254) publicó, en 1785, un catálogo, que le fué entregado por el mismo DON RAMON DE LA CRUZ. Comprende doscientas veinte obras dramáticas. Despues escribió otras muchas. Pasan de trescientos los títulos que de ellas se conservan.

Cultivó poco la poesía lírica. Sólo algunas con posiciones de este autor, casi todas festivas, han llegado á manos del colector.

POESÍAS.

En la muerte del octavo Duque de Osuna, ocurrida el día 1.º de Abril de 1787.

ENCOMIO FÚNEBRE.

Repara en esta losa,
Mortal, y no la mires con espanto.
Aquí el cadáver de Giron reposa,
Del piadoso Giron, Duque de Osuna,
Que fué desde la cuna,
Aun más digno de envidia que de llanto,
Por sus altas virtudes peregrinas.
Corrige tu dolor; y si imaginas
Con voz doliente repetir su nombre,
Ansioso de su vida y tu consuelo,
Póstrate, calla, escucha, y no te asombre
La suya, que te llama desde el cielo.
A tan rápido vuelo
Le dió su caridad alas y brio,
Fué dócil desde niño, y religioso;
Fué despues, sujetando su albedrio,
Buen vasallo, buen padre, buen esposo,
Buen hermano, buen jefe, buen amigo,
Y de nadie enemigo.

En todo bueno, y para todos bueno,
Vinculó la virtud en sus Estados.
Al vicio puso freno,
Y la justicia, el orden y la gloria
Iban delante de él y sus soldados.
Grande; pero más grande su memoria,
Será eterna en las almas y en la historia.
Osuna, España, el mundo, que le aclama,
Dictan del Duque la inscripcion que empieza:
Mayor que su grandeza fué su fama,
Y él mayor que su fama y su grandeza.....
Sigue; y luego concluye de esta suerte:
No lloreis, hombres; envidiad su muerte.

EPITAFIO.

En esta fosa ¡oh mortal!
Yace el gran Giron, de quien
En este siglo fatal
No hay uno que diga mal,
Uno que no diga bien.

Á LA SEÑORA DUQUESA DE MEDINASIDONIA.

ROMANCE.

Muy excelente señora:
Señora, ya Ucencia sabe
Que salimos de Madrid
Al otro día de un martes.
Miércoles el más feliz
Que contaron los anales
De mi historia, si en la historia
Pudiera yo tener parte.
Día en que el *Alba* (1) mostró
Para todos el semblante
Adusto, y jamás le he visto
Para mí tan favorable.
Pues viendo que un mal poeta
Que tenga lugar no es fácil
En el carro del sol, quiso
Con su propia luz honrarme.
Yo aseguro á Vucelencia
Que no se me da un tomate
Del dicho carro del sol,
Como el del *Alba* no falte.
Que en aquél pueden temerse
Precipicios y volcanes,
Y en éste sólo se encuentran
Luces, honras y bondades.
En aquél sólo el discurso,
Por sendas extravagantes,
Corre países, adonde
Son las venturas imágen.
Y en éste con más descanso,
Siempre por caminos reales
(Salvo El Espinar), se palpan
Sabrosas felicidades.
Yo renuncio, desde luego,
Los Eliseos inmortales
Por los campos de Corneja (2),
Si no eternos, saludables.
Renuncio el mar de Sicilia
Por Tórmes, á cuyo márgen,
Si no hay sirenas que adulen,
Hay truchas que me regalen.
Item, renuncio el Alfeo,
Con sus ninfas y corales,
Por los que llevan pendientes
Las serranas de este valle.
Item, renuncio el Parnaso,
Supuesto no hay berrocales,
Donde, como aquí, conejos
Nos ofrezcan á millares.
Item, renuncio el alcázar
Soberbio, que á las deidades
Bosquejó la fantasía,
Sin llegar á fabricarle,
Desde que vi en otro alcázar,
Concluido cuanto cabe
En la experiencia, el buen gusto,
La bizarría y el arte.
Otro cuya arquitectura,
Sin haber orden que guarde
De los conocidos, es
Más prolijo y elegante.
Tan simétrico, tan justo,
Que los Vitrubios y Abrahances
Ortelios (3) no cesarian
De estudiar para imitarle.
No es su todo el que á la vista
Sé representa admirable,
Solamente que lo es más
Reconocido por partes.

(1) El *Alba* forma equívoco con el título del Duque de *Alba*, en cuyo suntuoso palacio de Piedrahita, hoy destruido, se hallaba DON RAMON DE LA CRUZ cuando escribía este festivo romance. (Nota del Colector.)

(2) Valle por donde corre el río Corneja, que le da su nombre. (Idem.)

(3) Alude al sabio geógrafo de Felipe II, el belga *Abraham Ortelio*, que llamó grandemente la atención de Europa con la publicación de un *Atlas* (el primero conocido), que dió á luz con el título *Theatrum orbis terrarum*. (Idem.)

No hay piedra en él que con todas
Las demas piedras no iguale,
Puerta ó ventana que enfrente
No tenga su semejante.
¡Qué bella ocasion, señora,
Era para dilatarme
En el plan de este edificio,
Si yo entendiera de planes!
Y cuando á mi voluntad
Mis talentos igualasen,
¡Qué ocasion de hacer mi fama
Feliz con sólo pintarle!
Pero á un asunto tan serio,
Tan magnífico y tan grande,
Que clama por epopeyas,
No ha de atreverse un romance.
Ni donde hay tanto que ver,
Puede valer el dictámen
De un ciego dos veces, por
Sus ojos y sus alcances.
Supongo que los ingenios
Y vistas más perpicaces,
Para describirle habian
Muchos años de admirarle.
Al ver la majestuosa
Mole, las extensas calles
De sus jardines, y áun otras
Externas inmensidades,
Dieran los pasos tan torpes,
Que conjeturo que ántes
Se saldrian del empeño
Que entráran por los zaguanes,
Y cuando entráran, al ver
Tan magnífica, tan grave
Cómoda distribucion,
¡Qué harian? Lo que yo: pasarse,
Al ver lo rico, lo raro
Y exquisito, tan iguales
En el adorno de bronces,
De colgaduras y jaspes;
Al ver que los pavimentos
Compiten con los cristales,
Y salones infinitos,
Y ventanas á millares;
Al ver tantas oficinas
Subalternas tan capaces,
Surtidas de cinco fuentes,
Que perennes se derramen;
Al ver la extension de minas,
De acueductos y de estanques,
Donde entre estatuas de mármol
Cristalina el agua sale;
Al oír lo que asombrados
Refieren los naturales,
De que este soberbio alcázar
Fué adusto barranco ántes;
Que costó seiscientos mil
Carros de tierra llenarle,
Y hacer la violencia á un río
De dejar su antigua madre;
El genio más perpicaz
¡Qué haria? Lo que yo: cansarse
En mirar, sin hallar modo
De que el sentido se sacie.
Y, en fin, si hay algun ingenio
Capaz de ser un Timántes,
Píntelo, que yo no quiero
Que mis pinceles lo manchen.
Todos saben el buen gusto
De su dueño, todos saben
Su espíritu, su poder
Y su estudio en todas clases.
Con que, siendo esta obra suya,
Está dicho que es exámen
De artifices, y el esfuerzo
Mayor de todas las artes.
Pero, ¿qué digo? Ya escucho
Los críticos calumniarme
De adulador. Quien lo crea
Venga á verlo, y despues hable.
Mas ¡ay! ahora que me acuerdo,
Yo empecé á contar el viaje,

Y embobado en la posada,
No pude ir más delante.
Por Dios, señora, que Ucencia
Me perdona, y no lo extrañe,
Que estoy loco, y con razon;
Vamos hablando por partes.
Nuestro viaje fué tan breve,
Divertido y sin azares,
Como el paseo del Prado,
En coche, una buena tarde.
El Duque, mi señor, que
Entró en el coche, cobarde
Por sus males, que ellos solos
Pudieran acobardarle,
A la primera jornada
Se olvidó de su carácter,
Y en la segunda le vimos
Hacer el papel de jaque.
¡Y si viera Vucelencia
Con qué gracia que lo hace!
Parece un Francisco Estéban
En las piernas y el semblante.
Salteador destes contornos,
Por peñas y matorrales,
No hay conejo que perdona,
Ni fatiga que le canse.
Pues ¡Navarro! Otro qué tal;
Cazador tan formidable
Es ya, que treinta conejos
Ha muerto *secundum artem*.
Aunque hay varias opiniones
De que los conejos saben
Ya que es doctor, y de miedo,
Al verle cerca, se caen.
Yo, en todo caso, le he dicho
A fray Manuel que se escape,
No sea que por el pelo
Se equivoquen, y le maten.
Pues, aunque poco importára
Que hubiera en el mundo un fraile
De menos, ni en Piedrahita
Hiciera falta notable,
Tan enamorado está
Nuestro Navarro del aire
Del frailecito, que no
Se harta de requerearle.
Y yo les llevo la cesta,
Por ver los monstruos verbales
Que producen los amores
Entre duendes y gigantes.
Volvamos á su Excelencia,
Que sube, baja, entra y sale,
Duerme con sueño tranquilo,
Come mejor y con hambre.
Su buen color, su alegría
Y agilidad nos persuaden
Que le son agradecidos
Estos suelos y estos aires.
Pues sus vasallos le quieren
Más que las hijas al padre,
Las mujeres al cortejo,
Y la vieja al chocolate.
Yo apuesto que en esta tierra
No desean y no aplauden,
Tanto como á su señor,
A los buenos temporales.
Por lo que á mi toca, estoy
Hecho un bausan perdurable,
Siempre ocioso, y los sentidos
Cansados de recrearse.
Hasta el tacto, sin ofensa
De la ley, saca su parte,
Ya en lo fresco de las aguas,
Ya en lo mullido del catre.
No cenar y estar ahito
Son mis únicos achaques,
Que hartar á un poeta, sólo
El Duque de Alba lo hace.
En fin, señora, el asunto,
Si no resuelvo dejarle
Empezado, es una cosa
De no acabar y acabarme.

Ni es razon que lo que á mí
Me divierte, á Ucencia canse,
Cuando no por el concepto,
Por el modo de explicarle.
Sacrificio á Vucelencia
Mi veneracion constante,
Y mi gratitud, que es todo
Cuanto hay en mis facultades.
Al señor Duque igualmente,
Si escucha mis disparates,
Que supla las malas copias
Por lo que mi afecto vale.
Pido á Dios que á Vucelencia
Por muchos años la guarde
En su compañía, y los
Llene de prosperidades.
Piedrahita, veinte y ocho
Del mes de dias más grandes,
Año de un uno y dos sietes,
Y un cinco en todo almanaque.

A la muy noble señora
Duquesa, mucho más grande
Que por Medina-Sidonia,
Por sus prendas y su sangre.

¿Quién logra mayor interes: España en tener rey tan justo, ó nuestro católico monarca en poseer tan fiel reino? (Asunto dado en una justa académica.)

ROMANCE.

A heróico asunto previene
Débiles voces mi lira,
Si puede ser la obediencia
Disculpa de la osadía.
En el fiel de mi respeto,
La lealtad y la justicia
De la nacion y el monarca,
Empeños graves peligran.
Y en la caja de la duda
Yace la idea tan fija,
Que, iguales los pesos, sólo
Es mi pluma la corrida.
¡Yo votar contra mi patria
Ó mi rey, cuando me avisan
El mérito de ambas partes
Lo crítico del enigma?
Si sacar entre las sombras
La luz, primer maravilla
Fué de Dios, ¿cómo entre luces
Podrá el hombre distinguirla?
Luz es Carlos, con que España
Ve su fortuna y se anima:
Luz en España, que á Carlos
Le dió el sér y le ilumina.
Pues ¿quién entre las dos llamas,
Que, celosas de sí, brillan,
Distinguirá, siendo topo,
Cuál es la ménos activa?
La política persuade
En Carlos esclarecida
Cuna, inflexibilidad,
Valor, prudencia y justicia;
En España honroso aliento,
Lealtad á sus reyes fina,
Y abundancias, que se muestran
Por más que se desperdician;
Cuyas partes, compitiendo
En monarca y monarquía,
Recíprocamente unen
Igualdad que los sublima.
Si es grande mérito en Carlos
Saber la leccion esquivada
Del reinar, y acreditar
La ciencia con repetirla;
Mérito es en la nacion,
Que un Seminario conquista
A Carlos del trono, mientras
Dios éste le disponia.
Si la religion de Carlos,
En la escuela de Josias
Aprendió que sólo es ella

La que al reino felicita;
También supo hacer España
Arados de sus cuchillas
Para el grano de la fe,
Que regó con sangre limpia,
Si Carlos el heredado
Ánimo nos acredita,
Cuando jóven en lo que obra,
Cuando rey en lo que dicta;
También de España conoce
Todo el orbe con envidia
Las lealtades cuando sufre,
El esfuerzo cuando lidia.
Con que, entre nación y rey,
Por más que luces compitan,
Siempre el ardor equivoco,
Aunque el reflejo divida.
Quedar iguales no pueden
Tampoco, porque serian
Supresiones del problema,
Del precepto rebeldía.
Pues aquí de la razón
Imparcial y peregrina
Luces inferiores, que
A vista del sol no arduan,
A Carlos dan la victoria,
Porque no haya fantasía
Que ni por discurso pueda
Competir sin que se rinda.
España es la interesada,
Porque, aunque nación tan rica
Y tan leal logre Carlos,
Será sólo por sus días.
Sean muchos, pero ella
Debe contar su propicia
Edad por siglos de oro,
De Carlos con las reliquias.
Y más cuando su crianza
A hijos y vasallos sirva,
Para los unos de ejemplo,
Y para otros de doctrina.
Si los infantes, que son
Sucesion de nuestra dicha,
Nunca pueden ser fianza
De tan apreciable vida,
España es la que interesa
Cuanto goza y pronostica.
¡Oh, llegue el interes tarde,
Porque mucho Carlos viva!

A María Santísima de los Dolores, de la Puebla de Montalban,
año de 1759.

Al pié de la cruz estaba
Esa Reina dolorida,
Viendo pendiente á su Hijo
Para afirmar nuestra dicha.
Cuyo espíritu fallece
De pesares y agonías,
Al ver que cumple la espada
En su alma la profecía.
¡Oh cuán llena de dolores!
¡Oh cuán triste y afligida,
Al ver á su único Hijo,
Fué aquella madre bendita!
Ea, Madre, de amor fuente,
Haz que la fuerza distinga
De tu dolor, y en el llanto
Te haga mi fe compañía.

SONETO.

¡Qué importa que me llegue á celebrar
Cualquiera que mis obras llegue á oír,
Y que al teatro vea concurrir
Al que más ódio le llegó á mostrar?
¡Qué importa que me vengan á buscar
Los que más ansias tienen de lucir,
Y qué importa me alienten á escribir
Los mismos que se ocupan en borrar?

Si de letra de molde en un papel
Me llama Nifo (1), ingenio motilon,
Con tan sólidas pruebas como él,
La pluma arrojo:— Pero ten, Ramón,
Y espanta con la rama del laurel (2)
Que te ha dado la Arcadia, á ese moscon.

CONTRA NIFO.

DÉCIMAS FAMILIARES.

Yo no extraño lo que dice
Nifo de mí, ni sus modos,
Porque él dice mal de todos,
Y despues se contradice.
El es ingenio infelice,
Y por más que use de tretas,
Aquellas pocas pesetas
Que con sus obras ganó,
Sabemos se las hurtó
A extranjeros y poetas.
No siento que sin razón
Me muestre su ira sangrienta;
Lo que yo siento es que mienta
A costa de mi opinión.
Es hombre sin religion;
Pues si la crítica mia
A alguno zaherir podia,
Cuando se la consulté
Y su impresion le fié,
¿Para qué me la aplaudia?
Siendo él vano sin segundo,
Que me lo llame me espanta,
Pues él me siguió la planta,
Cual la sigue á todo el mundo.
Yo, aunque soy poco profundo,
Cállé con la reflexion
De que era propia pasion
De quien, por más que promete,
Sólo hemos visto un sainete
Malo y una traduccion.
Como á mí me conviniera,
Aunque corto literario,
Yo sé, contra su diario,
Cómo y de quién tradujera.
Pero sigo otra carrera,
Y es antes mi obligacion
Que una necia obstinacion;
Si no, le habia de poner
Como Molière y Voltaire (3)
A Tricotin y Freron.
En un diario has plantado,
Como perdido, un sainete
Mío: pregunta, pobrete,
Cuántos tuyos se han ganado.
Con este hombre atolondrado
Estoy que me despepito;
Dime, crítico maldito,
Ya que en esto te impresionas,
¿Por qué tambien no pregonas
El único que has escrito?
Mis obras recopilando,
Ha hecho un sainete de intento;
El debe de estar hambriento,
Que anda siempre rebuscando.
Este hombre me va ensalzando,
Pues en sus obras se ve
Que siempre ha tomado pié
De lo mejor que le sale,
Y cuando de mí se vale,
Señal que tiene de qué.
Si sus rasgos enemigos
Llegan á ofenderme, en suma

(1) Este es aquel estimable y laborioso fundador de la obra periódica *Correo general de España*, del cual, por su escaso talento crítico y poético, hicieron mofa Moratin, Forner y otros escritores de cuenta. (Nota del Colector.)

(2) Acababa de recibir el título de Arcada de Roma, cuyas armas orla una guirnalda de laurel y pino. (Id.)

(3) Pronúnciense estos nombres *Molier* y *Volter*.

Tengo manos, tengo pluma,
Y superiores amigos.
Saque Nifo, por testigos
De mi númen en agraz,

Mis obras, y vaya en paz;
Mas si escribe impunemente
Que son maliciosas, miente,
Y le haré ver que es mendaz.

DON LUIS JOSÉ VELÁZQUEZ, MARQUÉS DE VALDEFLORES.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Málaga, el juéves 5 de Noviembre de 1722 (1). Su padre se esforzó en darle la educación más esmerada. Entró en 1735 en el Colegio Imperial de San Miguel de Granada. Despues de estudiar lógica y jurisprudencia, pasó al Colegio de los Clérigos Menores de Málaga, donde se dedicó á la filosofía aristotélica y á la teología escolástica. Sirviéronle estos estudios para recibir más adelante el grado de doctor teólogo, que le despachó en Roma, en 1745, el cardenal Sforzza. Su verdadera vocacion no le llamaba á estos estudios áridos y abstractos, y en breve se consagró al cultivo de la historia, de las antigüedades y de la amena literatura. En la *Academia del Triopode*, establecida en Granada, en casa del Conde de Torrepalma, fué recibido en 1743, y empezó á distinguirse por su claro ingenio y su aficion á la poesía. En esta academia, siguiendo la regla en ella introducida, tomó el nombre poético de *El Caballero Doncel del Mar*.

En 1750, conexionado ya en Madrid, adonde habia venido por primera vez dos años ántes, con los literatos de mayor cuenta y autoridad, entró, con el seudónimo de *El Marítimo*, en la *Academia del Buen Gusto*, que celebraba sus juntas en la casa de la Marquesa de Sarria, el 5 de Setiembre de 1750 (2).

La Academia de la Historia le nombró Académico en Abril de 1751, y asimismo le admitieron en su seno la Academia de Buenas Letras de Sevilla y la de Inscripciones y Bellas Letras de Paris.

El Marqués de la Ensenada, admirador sincero de VELÁZQUEZ, le confió, en 1752, el honroso encargo de hacer y escribir el *Viaje de España*, que con este título fué publicado en 1765. Por influencia del mismo ministro recibió tambien VELÁZQUEZ el hábito de Santiago. La amistad y proteccion de Ensenada fueron más adelante motivos de persecucion contra el Marqués de Valdeflores. «En el año de 1766 (dice Sempere) fué arrestado, de orden de Su Majestad, en la casa de la Marquesa de la Vega de Santa María, donde moraba. Fué conducido al castillo de Alicante, y despues al de Alhucemas; y últimamente, por Enero de 1772, devuelto en libertad á su patria, donde murió el mismo año, de un insulto apoplético, hallándose retirado, con su madre y hermanos, en una casa de campo á una legua del pueblo.

Á su arresto en Madrid se le embargaron todos sus libros y papeles; y aunque al tiempo de su libertad se mandó por Su Majestad que se le volviera cuanto se le habia embargado, se extraviaron muchos de los manuscritos.»

Véase, como complemento de esta noticia, lo que decimos de VELÁZQUEZ en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (tomo I de esta coleccion).

C.

(1) «A las cinco de la mañana. El mismo dia, mes y hora habia nacido su padre, el primer Marqués de Valdeflores, diez y nueve años ántes. (SEMPERE y GUARINOS.)

(2) Consta en un acta de la Academia, firmada por *El Humilde*. (MONTIANO.)